

LUNA



332

LUNA

AÑO II

NOCHE DEL 28 AL 29 ENERO 1940

NUM 10

Sumario

SUS OJOS

PABLO DE LA FUENTE

MIGUEL HERNANDEZ CONDENADO A MUERTE

ATAQUE

JOSÉ CAMPOS

ESPAÑA EN EL TORMENTO: QUIEN TE HA VISTO

Y QUIEN TE VE

MIGUEL HERNANDEZ

EROS

ENDIMIÓN

JOSE TALLAVI

EDMUNDO BARBERO

MIEDO? (NARRACION)

AURELIO ROMEO

Cuaderno de Poesía: GABRIELA MISTRAL

NUNCA SERE APATRIDA

ANTONIO DE LEZAMA

NOTAS DE LECTURA, por J. ROMEO

PORTADA E ILUSTRACIONES DE ONTAÑON

UNIVERSITY

OF THE STATE OF TEXAS

THE UNIVERSITY OF THE STATE OF TEXAS
AT AUSTIN
OFFICE OF THE REGISTRAR
AUSTIN, TEXAS
JANUARY 1, 1900

REGISTERED

Sus ojos

SU silueta estaba sobre el repecho. El cielo se hacía denso, los azules tomaban cuerpo en la tarde y la tierra se llenaba de relieves.

El árbol en la altura, permanecía rígido. A su lado el puente se miraba en el espejo manso de las aguas grises. Y unas nubes, quietas, recogían oros que se iban tostando paulatinamente.

Ella, sobre el repecho. Lleva un cántaro apoyado en la cintura. Está cerca y sus cabellos rodeados de una aureola.

Pasa junto al grupo nuestro. Sus ojos azules claro, se posan sobre mí. Los miró atónito y los veo transparentarse y desaparecer. Una mano apoyada sobre mis cabellos y unas frases cruzadas, a las que no presto atención, llenan la escena. No queda más que esto: aquellos ojos abiertos sobre una ilusión desconocida, y un fondo de tierra, con las fúnebres construcciones de los lagares y el caserío del pueblo, separado, a mi espalda.

Pasó ella y llegó la noche. Se levantó en hogueras encendidas y sobre un estremecimiento frío de la tierra.

Después hay una cama muy alta, dentro de un nicho en la pared de la alcoba. Huele a fruta. Hay una iglesia oscura y muchas velas encendidas sobre el suelo con mujeres de luto arrodilladas. Marea el parpadeo de tanta chispa luciente. Y la carretera que va a la estación, por la que marcha una cuadrilla de hombres que se alumbran con farolillos. Huele a pan en el aire y a carbón en el edificio.

No he vuelto desde entonces al pueblo de mi padre. Mas he buscado siempre aquellos ojos de mujer que,

desde niño, -¿siete años?- me pidieron que mirase dentro con éxtasis, como se mira al mar y á las corrientes fuertes de los ríos.

Volví a encontrar aquellos ojos. Pero no estaban en el mismo cuerpo. A decir verdad no se como era aquel donde estuvieron cuando los vi por primera vez. Entonces yo no sabía que debajo de los vestidos hay cuerpos, y dentro de éstos tanto misterio por descubrir.

Miré entonces dentro de aquellas aguas claras, a todas horas y en todos los instantes. Siempre se me escapaban con sus campos pintados en las pupilas, sus rincones de ensueño y sus castillos de cristal. Quise hacerlos míos y ellos me hicieron suyo. Venían a mí, cargados de ternura cuyo peso los agrisaba como nubes preñadas. Marchaban riendo al sol con el acero azul de la alegría. Y cuando creía llegado el momento de poseerlos se me escapaban detras de unas leves cortinas, y el rostro era el de una estatua palpitante.

Podía esperarse todo de aquella mirada, menos la llave del misterio. Las imagenes entraban allí y se desvanecían sin huellas. ¿A dónde iban?

El ansia de fijar las cosas nunca me atosigó como entonces. El deseo de perdurar dentro de un alma amada iba creciendo como el amor. Apoyandose uno en otro. Pocas cosas se acercan tan dentro de uno como los gestos simples de la convivencia. Y aquellos ojos alumbraron mis mañanas y encendieron mis noches.

Hasta que llegó el momento. Un brillo humedo enterneció el azul derramándolo en lágrimas. Me presionaban como brazos agarrados al cuello. Se hizo oscura la pupila y una honda mirada me atravesó de parte a parte. Supe que todo estaba hecho y que se habían roto las defensas. Se oyeron entonces las palabras inolvidables y la escena se dilató hasta el infinito. El paisaje suyo guardó algunas chispas de sangre que brillaban en el mío.

En lugar del hijo quedé yo para toda su ternura. Y ¿quien apreciaba esto cuando desea otra cosa?

Los ojos se han ido lejos. Muchos cielos han cubierto el suyo. Las nieblas caen como aguas grises que ha-

cen ceniza todos los rescoldos.

Pero se que ellos me esperan siempre y se adelantan a dónde he de ir. Ya no están tampoco sobre aquel cuerpo, ni habrá hielo en la primera mirada. Ellos y los míos conocen la cifra común que nos abrirá un nuevo camino sobre otra tierra y otras noches para nuestras cabalgatas desenfrenadas. Y los remansos dulces se abrirán de nuevo llenos de melodías.

Pablo DE LA FUENTE

MIGUEL HERNANDEZ

CONDENADO A MUERTE

Miguel Hernandez, amigo y compañero nuestro, ha sido condenado a muerte, en virtud de sentencia desproporcionada a la magnitud de su conducta.

No hemos sido nosotros los únicos afectados profundamente por la noticia. Hombres que se agrupan en campos diversos, todos bajo las banderas de Franco, se han sentido sobrecogidos ante la amenaza que pesa sobre Miguel Hernandez. No han dudado en unirse en común gestión para salvar la vida del poeta. El mismo impulso los ha lanzado a la humana labor, movilizados todos por un espíritu sensible que sabe recoger los lamentos de los que sufren.

Ignoramos el resultado que estas gestiones dará. Mientras, seguiremos dominados por la inquietud, que solo desaparecerá cuando llegue a nosotros la nueva feliz de la conmutación de pena, esos treinta años tan deseados hoy por muchos de nuestros condenados, treinta años, toda una vida, pero una vida que queda.

ATAQUE

DRIN...drin...drin.
Cojo el teléfono rápidamente.
-Diga...

.....
-Si, el mismo al aparato.

.....
-Bien...bien...Voy enseguida.

Algo grave debe ocurrir para tener que ir a estas horas al puesto de mando de la brigada. Probablemente habrá ataque. ¿Nuestro?, ¿Del enemigo?. Casi seguro es que sea de éste y me avisan para darme instrucciones.

Me gusta que ataquen, pues llevamos mucho tiempo sin "jaleo" y la vida en la trinchera es aburrida y desmoralizadora. Los cuatrocientos metros de trinchera que ocupa el batallón, me los sé de memoria, conozco hasta el mas pequeño desconchón de la misma y lo que es peor, el no tener mas horizonte que el que se vé por la tronera, horizonte muerto, por el que no aparece ser viviente, ya que ni los pájaros quieren vivir en la "tierra de nadie". Haga bueno o malo, brille el sol o nieve, siempre la misma quietud.

En la colina, la casa, de la que nadie sale, parece una enorme cabeza humana que nos saca la lengua por su boca extraordinariamente abierta. Las dos ventanas, en el piso superior, son unos magníficos ojos, que parecen reírse de nosotros, de nuestra vida en la trinchera; pero sobre todo esa persiana color siena, que al igual que una lengua, se mueve a impulsos del viento; tan pronto se mete en la casa, apareciendo la puerta cual una boca, como sale fuera haciendonos burla con su balanceo.

A la derecha, un espantapájaros, defiende la mies que no se sembró y espanta a los pájaros que no existen. A los únicos que espanta es a los soldados noveles, que cuando por la no -

che, estando de escucha, le ven moverse en las sombras; ¿Cuántos tiros le habrán dado?. ¿Quién sabe?, pero ahí sigue él, terne que terne, defendiendo esa cosecha de balas y obuses que se viene sembrando con tanta profusión.

El resto, los anchos campos de Castilla, campos de siembra donde crecen ahora toda clase de rastrojos y cardos, y en la que aparecieron en la primavera un sinfín de amapolas, dando una nota de color, en la monotonía parduzco-amarillenta del resto del año. De cuando en cuando aparecen las manchas blancas de los caminos cual si quisieran cuadrricular el paisaje; las líneas grises de las trincheras enemigas, con sus parapetos y sus troneras, única cosa que parece vivir, aparte de la carretera, situada en el límite de nuestro campo de visión y por la que por la noche, surgen luces cual estrellas desprendidas en un cielo de verano.

Pero enfín, mañana habrá un cambio radical, todo el campo parecerá renacer a la vida cuando en realidad renace para la muerte. De esa línea gris, la trinchera enemiga, que se ha ido moviendo lentamente cual reptil que busca postura cómoda para calentarse al sol, surgirán una serie de hombres, al igual que surgen los niños de una escuela. Se asemejan a ellos pues parecen estar dedicados a un juego emocionante, en su continuo tumbarse y correr para volverse a tumbar y a reanudar la carrera, hasta llegar a la meta, nuestra trinchera. Y sin embargo, este juego, es un juego con la muerte, ya que muchos de esos que corren llenos de vida, se tumbarán para no levantarse mas.

Pero en esa meta ansiada estamos nosotros, dispuestos a evitar que la alcancen. También tomamos parte en el juego, empleando reglas diferentes, que consisten en dejarlos acercarse lo mas posible, en silencio, dandoles esperanzas, para que cuando crean que ya han ganado, romper el fuego y dejarlos sobre el suelo, con los ojos abiertos por la sorpresa, mirándonos cual si todavía creyeran en la posibilidad de volverse a levantar.

Y como en todo juego, luego vienen los comentarios, renaciendo en las trincheras una animación que hará olvidar la forzosa quietud y que dará al soldado la conciencia de su valer y la necesidad de estar las horas muertas contemplando esa cinta azul que hay sobre sus cabezas. Nacerá en ellos la conciencia de la realidad del enemigo, lo han visto surgir cual muñeco de caja de sorpresa, y saben que el día que olviden su obligación, podrá éste reanudar el juego y alcanzar la meta, en cuyo caso será él el que caiga sobre la tierra para no levantarse mas, como esos hombres que hay frente a la tronera.

José CAMPOS.

ESPAÑA

EN EL TORMENTO

QUIEN TE HA VISTO
Y QUIEN TE VE

¡MORIR?...¿Podré resistir
tamaño acontecimiento,
o moriré en el momento
en que me vaya a morir
de pena y de sentimiento?

¡Morir!, ¡morir!... No quisiera
morir para siempre, no...
¡Espérate, muerte!, ¡espera!,
¡y déjame que me muera
cuándo te lo pida yo!

No quiero, no puedo verte
este instante de mi vida.
¡Ay! Que tu hielo me impida
cuando con ansias de muerte,
muerte, la muerte te pida.

Pero ¿por qué no es ahora,
si al fin sentiré tu frío!...
¡Ay mal pensamiento mío,
que reconcome y devora
más que una orilla de río!

Sea, Señor, cuando quiera
tu poder: a él me sujeto.
¡Si toda mi vida espera,
alerta, mi calavera
apoyada en mi esqueleto!

A punto está la corrida:
y en el momento de verte,
toro negro, toro fuerte,
estoy queriendo la vida
y deseando la muerte.

¿Seré yo como el peón,
que invita al toro a embestir,
y en cuanto le ve venir
teme y huye la ocasión
valerosa de morir?

¡Clávame la espada fina
ya, Señor, si es de esta suerte
la hora lejana y vecina!:
¡con que lentitud taurina
estoy viviendo mi muerte!

Miguel HERNANDEZ

EROS

EL sol, busca y calcina.
 Todo en la naturaleza parece querer estallar,
 como granada madura, en eclosión fecunda. Las
 espigas están preñadas de grano, los árboles rinden
 las ramas al peso su fruto. Del vientre de la tie-
 rra brotan, vigorosas, plantas y arbustos. Se res-
 pira cálida sensualidad.

En la era. Hora de siesta. Sudor. El suelo despi-
 de como vaho. Una caballería somnolienta mastica
 lentamente la paja y grano del bolso atado a su ca-
 bezada. Con la cola o rápidos estremecimientos se
 sacude las moscas y cuando agita la cabeza tinti-
 nean los cascabeles del collarón.

Medio hundida en el montón de trigos rubios y tor-
 tados dormita una moza que, medio abierta la blusa,
 deja entrever blancas y tentadoras pomas. Sus tor-
 neadas piernas se descruzan por el calor. El gañan,
 con la boca reseca, echa lumbre los ojos, restallan-
 te la atirantada piel, rijoso, se acerca a la moza.
 Silencio. Suspiros. Jadeos. Luego, él ronca, satis-
 fecho. Ella, a ratos hincha el pecho complacida y
 a ratos llora.

La caballería sigue mascando paja y grano y los
 cascabeles del collarón tintinean acompasadamente.

Echados en los dos lechos gemelos de la elegante
 alcoba, marido y mujer, en el otoño de la vida, ya
 próximos al helado invierno, descansan flácidos, la-
 xos, lacios.

El, sueña con la artista de moda. Ella, ve, dormi-

da, las gallardías del ayuda de cámara de su esposo. El bordoneo de un ventilador parece zumbido de abejorro.

El gabinete de tía Elena. Sentada en amplia butaca, la solterona tiene sobre sus rodillas a Tino, a quien abruma a besos mientras sus flacas manos le acarician íntima y voluptuosamente.

La estancia está casi a oscura. Esto impide ver la arrebatada color de la otoñal sin esperanza y el estupor de placer delictuoso e incompleto del chiquillo.

No hay mas ruido que el de los ávidos besos de tía Elena.

En una mecedora duerme la abuela con el pensamiento, ¿quién sabe dónde?.

En un rincón del comedor, medio recostado en el esquinado diván, él y ella. Feucha y desmedrada, Galán y aprovechado.

No mucha resistencia. Cautamente él pone entre el rincón y la vieja dormida la discreta muralla de un biombo.

Un grito ahogado. Ella, muy colorada, corre a su cuarto. El, sonriendo, enciende un cigarro y mira con ojos de tasador cuadros y muebles.

El reloj desgrana el tic-tac de los segundos, los minutos y las horas.

Toda la corpulencia exuberante de la Maritornes se ha derrumbado sobre la cama. La habitación, que es casi una guardilla, arde de calor.

Los treinta años de la mujer, lejos del hombre y ansiosa de él, no encuentran satisfacción. La mano colorada y morcilluda de Tomasa, desabrocha botones, desata nudos y registra todo. Pero es tan poca cosa para franquear el templo del amor... El cansancio acaba por rendir a la solitaria amorosa.

Colorada como un pavo, en la cocina, donde ahora no hay nadie, están los trece años de Fifina muy curiosamente atentos a las salaces láminas de un manoseado libro encontrado en el cuarto del chofer.

Los ojos, enmarcados de ojeras violáceas, de Fifina miran con asombro los escabrosos dibujos.

Un gato negro pasa y repasa, frotando voluptuosamente su cabeza, cuerpo y cola por las piernas de la chiquilla.

El fuerte gallo de enhiesta cresta roja ha rendido con su peso a una gallina, a otra gallina, a otra gallina...

Un petulante "Ki-ki-ri-ki", pregonero de su poderío amoroso rompe el silencio de la hora caliginosa de la siesta.

Eros, entre los muslos de su madre Venus, mira burlonamente ufano la aljaba sin flechas.

La que no esta clavada en carne viva y palpitante yace como rota o torcida en el suelo.

ENDIMION.

NOTAS POLITICAS

Se dedican las preferencias de la política internacional a Rumania. Los alemanes acusan a los aliados de querer intervenir en la política interior rumana y éstos dicen de aquellos que arrancan concesiones económicas a Rumania por medio de una presión militar sobre la frontera. Y mientras tanto este país prepara alianzas defensivas y espera obtener garantías en la próxima conferencia de los países bálticos.

Mientras los rumores sobre dificultades políticas se extienden por toda España y se anuncia el declinar de la estrella de Gerrano Suñer, salen decreto tras decreto unas disposiciones muy llamativas en su exposición y decepcionantes en su contenido. Se presenta una reforma agraria teórica, unas conmutaciones de penas con una lista de excepciones que las anulan por completo y un decreto de prescripción de delitos, para los que no estén detenidos en 1º de abril de 1941.

JOSÉ TALLAVÍ

SE muy poco de José Tallaví antes de su debut en la Comedia de Madrid. Solo se que fué en Málaga alumno de la celebre academia de declamación de Borrego, que despues heredó Narciso Díaz de Escobar, en la que tanto actores célebres se formaron. Rosario Pino, Anita Adamuz, Emilio Thuiller, Pepe Santiago, Emilio Díaz, Jose Lagos y Fernando Porredón.

Se decía de él que era hijo de un presidiario que cumplía su condena en Melilla, y que el célebre actor fue limpiabotas en esta ciudad de Marruecos. Despues, de muchacho todavía, volvió a Málaga y allí robando horas a un trabajo modesto del que vivía, acudía a la academia de Borrego, tomando parte en las representaciones que los alumnos de la Academia daban en "El café de Chinita". Era éste un café cantante clásico. Los parroquianos, mientras tomaban sus consumiciones podían ver una representación teatral o un cuadro flamenco. Al final de la sala había un escenario modesto, dividido en el centro por una columna de las muchas que adornaban la sala. En él, alumnos de Borrego, afilacionados independientes, y actores viejos refugiados en Málaga, como último recurso de su vida artística, ponían en escena, el numeroso repertorio de melodramas del teatro español. "Lazaro el mudo", "El Jorobado", "El registro de la policía" "La huérfana de Bruselas", "El soldado de San Marcial", "La aldea de San Lorenzo", algunas obras de teatro social, pero sobre todo, las que tenían mas éxito eran las biografías de los bandidos célebres "Jose María el Tempranillo", "Los siete niños de Ecija", "Diego Corrientes". Tallaví consiguió pronto destacar entre sus compañeros. Entró a formar parte de compañías

modestas que iban de gira por los pueblos; después a otras mejores y en muy poco tiempo su fama llegó a Madrid y fue contratado en el teatro de la Comedia de segundo galán.

En el teatro de la calle del Príncipe tuvo como compañeros principales a Rosario Pino, Matilde Rodríguez, Francisco Morano, Francisco García Ortega, Mendiguchía, Rubio, Tatay. Alcanzó durante estas temporadas éxitos ruidosos, capaces de satisfacer a un hombre mediocre y, sobre todo, menos ambicioso que nuestro actor. El Gabriel de "Las Flores", de los Quinteros, el Langlad de "El Adversario", de Bernstein, y el galán de "Las vírgenes locas", han quedado como creaciones insuperables en la historia del teatro español.

Tallaví, insatisfecho con estos triunfos, pensó en la Argentina, logró reunir, no sin dificultades, el dinero necesario para el pasaje, ante el asombro de todos sus compañeros se despidió del teatro y se marchó a Buenos Aires. Por todo bagaje llevaba su pequeño nombre unido a sus últimos éxitos, estudiado concienzudamente el "Hamlet" y unos vagos proyectos sobre teatro universal. Una vez en la capital del Plata frecuentó los cenáculos teatrales e hizo amistad con Rafael Barón, que tanta influencia había de tener en su vida. Barón fue el "Crispín" ideal para nuestro actor, como lo fue más tarde para Vilches. El futuro gobernador, concejal, y fundador de "Informaciones", fue un representante teatral que no ha tenido sustitución en nuestra dramática. Capaz de conseguir una subvención de cualquier gobierno, de encontrar un "caballo blanco", de movilizar a toda la prensa, de encontrar una fórmula de reclamo infalible, bien pronto consiguieron notoriedad los dos amigos al formar sociedad.

En el terreno artístico, se le consideró entonces a Tallaví como una figura universal de la escena; en el íntimo se llamó a los dos amigos "los dos pilletes", parodiando al célebre melodrama por culpa de sus nada limpias andanzas.

Recorrieron juntos casi todos los países americanos. En una república del sur, no recuerdo cual, posiblemente Bolivia o el Paraguay, el negocio se presentó francamente mal. Barón y Tallaví, acordaron que este último, dedicara la función de su beneficio al Presidente de la República, esperando un buen regalo en metálico que les permitiera pagar a la Compañía y trasladarse a la república vecina. El día de la función indicada asistió el Presidente a la representa-

ción y mandó a Tallaví, como regalo, una cartera con quinientos pesos, moneda nacional, -unas quiniestas pesetas- cantidad insuficiente para sus necesidades. Tallaví, a pesar de su situación tuvo un gesto de gran señor, y devolvió la cartera añadiéndole otros quinientos pesos, rogándole al Presidente que lo empleara en una obra benéfica.

Formó con su compañía durante aquellos años, una escuela de actores eminentes. A su lado se hizo María Gamez, la gran actriz; Camila Quiroga, prestigio máximo del teatro argentino; el malogrado actor de carácter Requena, que hubiera sido la primera figura en su género del teatro español; y el galán García Aguilár, hijo del pintor sevillano García Ramos, que por desgracia para nuestro teatro murió a los 35 años.

Su repertorio de entonces lo componían, además de sus éxitos de la Comedia de Madrid, "Hamlet", "Espectros", de Ibsen; "Magda", de Sudermann; "Los Muertos" de Florencio Sanchez, el gran autor uruguayo; "La serpiente" de Armando Mouck, el eminente autor chileno; "La intrusa", de Maeterlink; con otras comedias ligeras en las que también lograba verdaderas creaciones. Todavía están latentes sus éxitos en el Don Segismundo Cain de la Muela en "Las de Cain" de los Quintero y en el protagonista de "El gran tacaño" de Reparaz y Abati, demostrando con esto que cuando un actor es eminente, como lo era él, lo mismo interpreta lo dramático que lo cómico y que la astracanada es cosa de juego para un actor inteligente.

De vuelta a España y ya con un gran prestigio hizo una temporada en el teatro Español alternando con el notable actor Francisco Fuentes, trabajó varias temporadas en provincias, siempre con dificultades económicas, pero sin querer prostituirse artísticamente haciendo caso omiso de los consejos que le daban sus amigos, que sentían que el primer actor de España tuviera esas dificultades. Entonces había sumado a su repertorio "El Místico" de Santiago Rusiñol, "Tierra Baja" de Guimerá, y "La muerte civil". Es la época en que los grandes actores universales se mueren de distintas muertes en los escenarios.

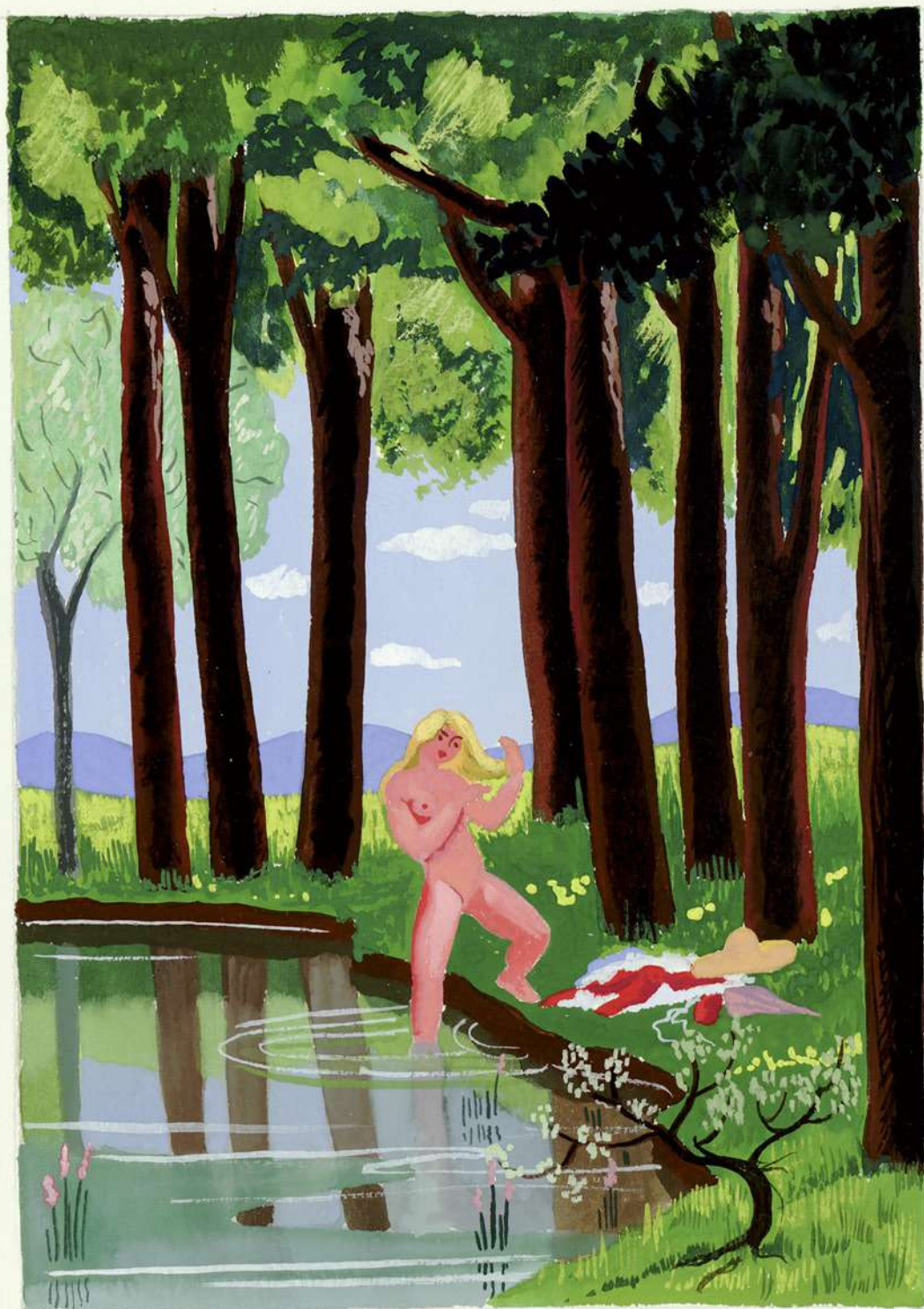
Un día llega a Cadiz y da una representación de "La Intrusa". El público no entiende la obra y patea al final. Nuestro actor manda poner muchas sillas en el escenario, hace sentar en ellas a toda la Compañía y las dependencias del teatro, manda subir el telón y dan todos un pateo fenomenal al público incomprensi-

vo.

Yo que recuerdo vagamente a Tallaví como actor, tengo de él la impresión -confirmada por conversaciones con gentes que le han conocido- de que era un artista con una personalidad tan acusada, que resultaba inimitable. Hablaba de una manera cortada y emocionada con la que suplía su falta de facultades, que cautivaba al público, produciéndole tal emoción, que espectadores ingenuos se ponían malos frecuentemente, sobre todo en "Espectros". Esta obra era su creación máxima. La anunciaba desde el primer día, aunque no hubiera de representarla hasta el final de la temporada. El día de la representación eran invitados los catedráticos y alumnos de medicina, así como los médicos. El teatro, al entrar, ofrecía un fuerte olor a eter, todo ello contribuía a que el cándido que todo espectador lleva dentro, entrase ya de lleno en el ambiente de la obra; en lo que Tallaví y Barón habían previsto.

Tallaví puso un pisito en el barrio de Salamanca, donde vivían con él un grupo de escritores de la época, entre los que recuerdo a Tomas Borrás, Manolo Merino, Avecilla, José María Carretero, los que a su muerte le llamaron "Pepe Hamlet". Y llega el momento del estreno de "El Cardenal", traducido del italiano por Linares Rivas y Reparaz. Al mismo tiempo que él lo estrenaron Morano y Borrás. Todos en provincias. Su creación oscureció la de sus compañeros y los autores le confiaron su estreno en Madrid. Fue éste durante su última temporada, pues murió a los pocos meses teniendo cuarenta años en 1916. El estreno se efectuó en el Infanta Isabel. Tuvo un gran éxito y en enero él se separó de la empresa para emprender por su cuenta una gira por provincias explotando el éxito de la obra. No hizo mas que Valladolid y Zamora. Un día hubo que suspender la representación y trasladarle a Madrid. Se sentía gravísimo. Hubo que operarle en su mismo domicilio sin resultado -padecía de un cáncer en el estómago-. Ya en la agonía rodeado del grupo de escritores amigos y de familiares, pidió un espejo de mano. Se miró en él, se sonrió y dijo: "Que fea es la muerte y qué mal la fingimos en el escenario". Fueron sus últimas palabras.

Edmundo BARBERO



Miedo

(NARRACIÓN)

A CABABAMOS de cenar. Estaban retirando los platos de la mesa y nos disponíamos, unos a prepararnos para la guardia, otros para marcharse. Los que estaban libres de servicio dormían en sus casas. En realidad, lo que menos hacían era dormir en sus casas, pero en la orden así se decía. Todos esperábamos la llegada del comandante de un momento a otro. Di una vuelta por los puestos de vigilancia y las compañías. Los hombres dormían en vísperas de marchar de nuevo al frente, pasados los dos días de permiso. Los centinelas, arma al hombro, recorrían las aceras a lo largo de la fachada del edificio. Todo el cuartel estaba en silencio.

Unos golpes en la puerta, nos hicieron volver la cabeza.
-Adelante.

El cabo de guardia entró en la habitación.

-Mi capitán- dijo, dirigiéndose a Félix. -En la puerta hay una muchacha que quiere hablar con el comandante. Ya le he dicho que no estaba, pero dice que es muy urgente, que tiene que hablar con él.

Félix nos miró a todos. ¿Que pase?, parecía preguntarnos. Sin una palabra asentimos.

-Dila que entre.

Nos dispusimos a recibir la visita. Volvimos a llenar nuestras copas de cognac. La llegada al cuartel de una muchacha a aquella hora era algo extraordinario.

Se abrió la puerta, cedió el paso el cabo y apareció ella. Era rubia, realmente guapa. Alta, de tipo magnífico. Pero en su rostro había tal expresión de miedo, que sus facciones estaban desfiguradas.

Nos levantamos. Ella nos miraba sin atreverse a hablar. Nosotros tampoco sabíamos como empezar. Con un gesto despedíal

cabo que, apoyado en la puerta, nos miraba sonriendo. Era un hombre mucho mas viejo que todos nosotros.

Luis, capitán de la Segunda Compañía, rompió el silencio.

-Vd. me dirá, señorita...

El modo de hablar pareció sorprenderla y sirvió para tranquilizarla un tanto de momento. Enseguida, volvió a mostrarse agitada.

-¿Es usted el comandante?

-No...No ha venido aún. No puede tardar. Le estamos esperando. Pero dígame lo que desea.

-No. No puede ser. Quiero hablar con el Comandante.

Pues entonces, sientese y espere.

La ofrecimos una silla. Vestida de negro de pies a cabeza, rubia clara y sin levantar los ojos del suelo, nos hacia adivinar parte de su drama. Mientras buscaba en su bolsillo sin encontrar nada, Jaime, la ofreció su pañuelo que ella aceptó para secar unas lagrimillas que resbalaban por sus mejillas.

Pasó un rato. La muchacha estaba cada vez mas impaciente. El comandante no llegaba. Al fin se decidió.

-Mire Vd., yo...yo quiero quedarme aquí esta noche y mañana y siempre.

Nos quedamos de una pieza. ¿Sería una entusiasta mas de nuestra lucha? Si era así nos habíamos equivocado completamente en nuestras suposiciones. No era posible acceder a su deseo. En el batallón no había mujeres.

-No puede ser, señorita, o camarada. Está prohibido.

La palabra camarada la hizo mal efecto. Lo notamos inmediatamente. Era otra cosa lo que la traía a nosotros.

-Pero es que yo no puedo volver a mi casa. Dijeron que esta noche irían a buscarme.

Cruzamos una mirada. Estábamos en lo cierto.

-Si, lo comprendo-. Felix hablaba con su acento vasco. Una sorda indignación asomaba a sus ojos.-Pero hasta que venga el comandante, nada puedo hacer.

-¿Y mi madre? Está sola, y esos hombres...

-Eso es otra cosa. ¿Donde vive usted? ¿Quiénes son esos hombres?

-No sé quiénes son. Vivo aquí al lado, en Lopez de Hoyos.

Luis me hizo un gesto. Salí a buscar al cabo.

Mientras, llegó el comandante. Al vernos en compañía de la muchacha, se quedó sorprendido. No eran esas sus ordenes.

-Mi comandante, esta señorita quiere hablar con usted.

-¿Si?. Dígame. Puede usted hablar aquí mismo.

-Verá usted...Hace unos dias fueron a detener a mi padre. Se lo llevaron. Ayer volvieron a buscar a mi hermano y como no

estaba en casa, dijeron que irían hoy y que si no lo encontraban, nos detendrían a mamá y a mí. Mi hermano se marchó en cuanto lo supo y no ha regresado, y he tenido miedo. Mamá no ha querido venir, se ha quedado en casa. Yo quiero quedarme aquí con ustedes.

El cabo esperaba ordenes.

-Coja usted su escuadra y vaya a Lopez de Hoyos...¿qué número?- preguntó.

-Dieciseis.

-Lopez de Hoyos dieciseis, y no permita que suba nadie a ningún piso de la casa sin una orden expresa de la Dirección General de Seguridad. Al que se presente, lo detiene usted y si hace resistencia, fuego. Puede retirarse. Y usted, señorita, lo siento mucho, pero no puede quedarse aquí. Le acompañará a usted un oficial.

Ella se estremeció. Las lagrimas asomaron de nuevo a sus ojos. Sentí que me daban un golpecito en la pierna. Jaime, el teniente de la segunda sección de mi compañía, me indicaba por señas que le pidiese al comandante que permitiese quedar a la muchacha. Estaba muy impresionado. Se levantó y mientras se ajustaba el correa, se comía con los ojos a la chica. Traslade la petición a Luis, nuestro capitán. El era el único que podía hablar. Tampoco se atrevía.

-Comandante -insistió ella-. Yo estoy dispuesta a quedarme, para hacerles la comida, para fregar, para...todo, todo.

El acento con que pronunció estas palabras nos obligó a mirarla fijamente. Ella, con la cabeza erguida, los ojos brillantes y sonrojándose, no apartaba la mirada del comandante. Veíamos hasta qué punto llegaba su miedo. Deseábamos con toda el alma que pudiera quedarse.

-¿Todo?, preguntó alguno.

-Si. Para todo...- repitió ella, recalcando la palabra y desfalleciendo.

El comandante se volvió al interruptor, condenando la pregunta.

-Bueno- añadió, dirigiéndose a ella.-Por esta noche, puede usted quedarse. Su madre está segura. Hemos mandado unos hombres para protegerla si llega el caso, que no lo creo. Venga. Le voy a enseñar su cuarto.

Salieron los dos. Jaime, estaba radiante. Los demás no hablabamos. Sentíamos una mezcla de vergüenza y satisfacción. Por mi parte, pensaba en que un día de aquellos iba a casarme; solo esperaba la contestación de mi novia. Comparaba mi situación con la de aquella mujer. Era bien triste. ¡Maldita sublevación que tenía la culpa de todo! Sin embargo, ahora se darían cuen-

ta ellos, los de arriba, de todo lo que tenían que sufrir los de abajo. Hasta entonces habían sido los que recibían a las muchachas que iban a entregarse a ellos forzadas por el hambre o mil otras causas. Ahora, el miedo, les impulsaba a hacer cosas en las que nunca habían pensado.

Volvieron la muchacha y el comandante. Hablamos un rato y a poco, nos dejaron solos a Jaime y a mí con ella.

Pedimos café y unas tostadas de pan. Era la hora de cambiar la guardia. Salí. Quedaron frente a frente. Me entretuve un buen rato.

Cuando volví era tarde. Yo tenía que hacer el primer turno de guardia. Jaime haría el segundo. Ella no se decidía a acostarse. Su habitación estaba al lado de la nuestra, con una puerta común.

-Vd. debe acostarse.

-No, no tengo sueño- mintió rápidamente. No era cierto porque sus ojos se mantenían abiertos difícilmente. Si no quería acostarse es porque tenía miedo. Después del arranque de decisión que la había llevado al cuartel, estaba llena de temores. No quería quedarse sola. Prefería que estuviésemos los dos al mismo tiempo con ella.

-Sí, si tiene usted sueño. La conviene descansar. Además la tendremos que llamar temprano y en esta habitación no puede usted estar. Venga.

La acompañamos hasta el cuarto. Cerramos la puerta de comunicación de modo ostensible, para que ella lo viese, dejando la llave en la cerradura. Luego la mostramos el cerrojo de la de entrada.

-Buenas noches. Duerma usted tranquila. Si necesita algo dé usted unos golpes en la pared, aquí. Nosotros estamos pared por medio.

-Gracias.

Volvimos al cuerpo de guardia.

-¿Sabes que me gusta mucho? He estado hablando con ella. Es un asco que pasen cosas como ésta. Hay que acabar con toda esa gentuza. Si se fueran al frente....

-Sí. Es inevitable. No tenemos nosotros la culpa. ¿Cómo podemos atender al frente y a la retaguardia? ¿Con qué fuerzas? Y la chica, está bien, pero que muy bien.

No me extrañaba el entusiasmo de Jaime. Ella lo merecía. El no cesaba de hablar de ella.

-Pues cuando se levante, la acompañas a su casa, hablas con ella y como no creo que nos vayamos antes de mañana por la noche o pasado mañana, puedes arreglar muchas cosas... Luego la escribes todo cuanto quieras y ya veremos la manera de que te

toquen los permisos con la mayor frecuencia, bueno, siempre y cuando que no me case yo, porque sinó el que tiene que venir soy yo.

Pasó aquella noche tranquilamente. Por la mañana, muy temprano, se presentó el cabo que habíamos enviado a Lopez de Hoyos.

-Mi teniente, no ha ido nadie. Aquella señora estaba muy asustada por su hija. La hemos dicho que está aquí. Ahora la llamará por teléfono.

Toqué suavemente en la puerta. Tuve que insistir. La puerta estaba cerrada. Al fin se abrió. La muchacha, vestida completamente, me recibió mas tranquila que la noche anterior.

-¿Y mi madre?

-Está bien. Nadie ha ido a buscarlas. Ahora hablará usted con ella por teléfono.

De una ojeada pude darme cuenta de que había dormido encima de la cama. Pero tambien ví encima de una silla, junto al lecho, una pistola. La cogí.

-¿De quien este chisme?

-Lo dejó ahí el teniente que estaba con usted anoche.

-Jaime, ¿eh?

¡Qué fuerte le ha dado!, pensé. ¡Quería protegerla a toda costa.

Sonó el teléfono. No era para ella la mirada. Era para mí. Con ella me llegaba la gran noticia. ¡Nada se oponía a que me casase cuando quisiera!

-Yo me voy a casar, ¿sabe usted? Me faltó muy poco para dar la un abrazo.

Habló ella con su madre. Jaime hizo preparar el coche. Fué a acompañarla. Antes de marchar escribió ella unas líneas para el comandante. Tenía una letra picuda, típica de colegio de monjas. Se despidió de mí.

-Que tenga usted suerte, señorita. Espero volverla a ver. Y tambien que se haya convencido usted de que no somos tan malos como dicen.

-Desde luego. Su agradecimiento era inmenso, nunca olvidaría lo que habíamos hecho por ella, por su madre. La habíamos salvado.

Se fueron. Yo no pensaba mas que en mi boda. Tenía que pedir algún día mas de permiso. No estaban las cosas muy bien, pero ¡que caray! no se casa uno todos los días. Si conseguía arreglar todo, podía casarme al día siguiente. Llamé a mi padre para avisarle.

Con la llegada del comandante supe que el batallón disfrutaba de veinticuatro horas mas de permiso. A mí, me autorizaba

para quedar con la que había de ser mi mujer, dos días más. Luego tenía que incorporarme al frente. Jaime no cabía en su pellejo de alegría. El corto viaje en el coche lo había aprovechado bien. Tan grande era su entusiasmo que pidió le sustituyéramos en las guardias. Yo no podía hacerlo porque necesitaba también todo mi tiempo libre.

A la mañana siguiente estaba casado. Cogidos del brazo vimos desfilar el batallón. También lo vio ella. Jaime, al frente de las dos secciones, la suya y la mía, marchaba más orgulloso que nunca. No se hubiera cambiado por nadie. Ella le decía adiós con la mano cuando arrancó el tren.

...

Pasaron las semanas. Jaime escribía carta tras carta, sin obtener contestación. Solo cuando iba a Madrid, volvía satisfecho. Ella le quería, estaba seguro, aunque no estaba dispuesta a casarse como él quería. Alegaba la muerte de su padre, tan reciente. El la enviaba todo lo que podía. Para ella era todo lo que conseguía en Intendencia. Se desesperaba cuando llegaba el correo y no recibía carta.

-No sé que hacer. Me tiene loco. Parece buena chica y siempre me habla muy bien de vosotros, de tí especialmente. Es a tí a quien más recuerda.

-Debe ser muy de derechas, ¿no? Pero si te quiere...

-Sí. Es "carca", pero dice que nosotros no tenemos la culpa de lo que ha ocurrido y que tenemos que defendernos. A mí, que sea de derechas me tiene sin cuidado. ¿Que más da eso? No todos son malos.

Poco a poco, Jaime iba adquiriendo la sensación de que sus proyectos no pasarían nunca de ser un sueño. Los viajes a Madrid nos le devolvían más triste que a su partida. Un día regresó convencido de su infelicidad. No había nada que hacer. Ella vivía con otro o por lo menos se entendía con él. No le rechazaba rotundamente, pero no pasaba de ahí.

-Si a mí lo que me importa es casarme con ella, no quiero que sea mi querida. Pero ella no quiere. No puedo convencerla. A pesar del otro, me casaría con ella. Y es un emboscado ¿sabes?. Ella prefiere seguir con él y conmigo.

En mis permisos la ví más de una vez. Entonces vivía con un comandante de Asalto. Siempre me acogía con el mismo afecto. Recordaba aquella noche en que vino a nosotros dispuesta a todo y en que nosotros nada hicimos.

-Sí, puede que fuésemos tontos entonces.

-No. Si me hubierais tratado de otra manera, si hubierais a provechado aquella ocasión, os hubiera despreciado. Ahora para mi sois, como para mi madre, algo santo. Me habeis ayudado, me salvasteis entonces y eso no se paga con nada.

La guerra iba mal para nosotros. Nuestras posibilidades se iban agotando y cediendo el terreno palmo a palmo, luchábamos contra fuerzas muy superiores.

Jaime trajo noticias de la muchacha. Había dejado de trabajar en la organización donde él la había colocado para ponerla a cubierto, en los primeros tiempos. La había visto, había tenido con ella una violenta escena.

-Lo que mas me ha indignado ha sido que a mis reproches por no haberme hecho caso y haberse liado con el de Asalto, se ha reído de mí y me ha llegado a decir que si no hubiera sido un imbécil la noche en que nos conocimos, no me hubiera pasado esto.

Aun la ví varias veces. No se lo decía a Jaime. Aun la quería y trataba de disculparla. Nosotros no, pero callábamos ante el dolor de nuestro amigo. Nunca se hablaba de ella. Era una prueba mas de ingratitud e incomprensión.

La última vez que me encontré con ella, volvió la cabeza para no verme. Ya no iba pintada ni vestida alegremente. Llevaba otra vez su traje negro, aquél con que se nos presentó cuando la conocimos.

Ahora sé que ha vuelto a figurar en su mundo, el gran mundo. Quizá alguna vez piense en aquellos que quisieron salvarla, evitando lo que ella buscó mas tarde. Y estoy seguro de que habrá lanzado sobre nosotros la misma oleada de odio con que todos ellos tratan de olvidar los beneficios recibidos.

Aurelio ROMEU.

CUADERNO DE POESIA

GABRIELA MISTRAL

*F*ervorosamente inclinada hacia la orilla más maternal de la vida, mística y sensitiva, tierna y generosa, con el espíritu atento a las mas primitivas y humanas palpitaciones, Gabriela Mistral ha dado a la poesía americana un acento femenino que en nada pudiera confundirse con el histerismo espasmodico de las poetisas al uso.

Gabriela Mistral desprende una calidad literaria auténticamente femenina, sin mixtificaciones ni decadentismo algodónado, una calidad que podríamos llamar vegetal ya que lleva consigo un sentimiento panteista de la naturaleza viva.

"Nací -confiesa ella misma- en Vicuña (Chile) el siete de abril de mil ochocientos ocheta y nueve. Mi padre y mi única hermana eran maestros. Empecé a enseñar a los quince años".

Y más adelante: "Soy cristiana, de democracia total. Y creo que el cristianismo, con profundo sentido social, puede salvar a los pueblos."

A través de estas líneas autobiograficas, se manifiesta una vocación dada a la noble tarea de romper las tinieblas de los espíritus retrasados, a la fé en un cristianismo evangélico y sencillo. A falta de otros valores más intrínsecamente poéticos, su obra presenta un panorama espiritual, multiforme y exaltada. Vehemente en ocasiones, melancólica en otras, siempre lírica y apasionada ha dado a su patria un nombre literario lleno de nobleza y sinceridad.

I

HIMNO AL ARBOL

Arbol hermano, que clavado
Por garfios pardos en el suelo,
La clara frente has elevado
En una intensa sed de cielo:

Hazme piadoso hacia la escoria
De cuyos limos me mantengo,
Sin que se duerma la memoria
Del pais azul de donde vengo.

Arbol que anuncias al viandante
La suavidad de tu presencia
Con tu amplia sombra refrescante
Y con el nimbo de tu esencia:

Haz que revele mi presencia,
En las praderas de la vida,
Mi suave y cálida influencia
Sobre las almas ejercida.

Arbol diez veces productor:
El de la poma sonrosada,
El del madero constructor,
El de la brisa perfumada,
El del follaje amparador;

El de las gomas suavizantes
Y las resinas milagrosas,
Pleno de tirsos agobiantes
Y de gargantas melodiosas:

Hazme en el dar un opulento.
¡Para igualarte en lo fecundo,
El corazón y el pensamiento
Se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
No lleguen nunca a fatigarme:
¡Las magnas prodigalidades
Salgan de mí sin agotarme!

Arbol donde es tan sosegada
La pulsación del existir,
Y ves mis fuerzas la agitada
Fiebre del siglo consumir:

Hazme sereno, hazme sereno,
De la viril serenidad
Que dió a los mármoles helenos
Su soplo de divinidad.

Arbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
Pues cada rama mece airosa
En cada leve nido, un ser:

¡Dame un follaje vasto y denso,
Tanto como han de precisar
Los que en el bosque humano -inmenso-
Rama no hallaron para hogar!

Arbol que donde quiera aliente
Tu cuerpo lleno de vigor,
Asumes invariablemente
El mismo gesto amparador:

Haz que a traves de todo estado
-Niñez, vejez, placer, dolor-
Asuma mi alma un invariado
Y universal gesto de amor!

II

INTIMA

Tú no oprimas mis manos.
Llegará el duradero
Tiempo de reposar con mucho polvo
Y sombra en los entretejidos dedos.

Y dirías: "No puedo
Amarla, porque ya se desgranaron
como mieses sus dedos".

Tú no beses mi boca.
Vendrá el instante lleno

De luz menguada, en que estaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías: "La amé, pero no puedo
Amarla mas, ahora que no aspira
El olor de retamas de mi beso".

Y me angustiara oyéndote,
Y hablarás loco y ciego,
Que mi mano será sobre tu frente
Cuando rompan mis dedos,
Y bajará sobre tu cara llena
De ansia mi aliento.

No me toques, por tanto, Mentiría
Al decir que te entrego
Mi amor en estos brazos extendidos,
En mi boca, en mi cuello,
Y tú, al creer que lo bebiste todo,
Te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es sólo esta gavilla
Reacia y fatigada de mi cuerpo,
Que tiembla entera al roce del cilicio
Y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
Lo que rompe la voz, y no es el pecho:
!Es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
El gajo de las carnes, volandero!

III

POEMA DEL HIJO

!Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
Y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
En los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
Y un ancho resplandor creció sobre mi frente.

Decía: !un hijo!, como el árbol conmovido
De primavera alarga sus yemas hacia el cielo.
!Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos,
La frente de estupor y los labios de anhelo!

Sus brazos en guirlanda a mi cuello trenzados;
El río de mi vida bajando hacia él, fecundo,

Y mis entrañas como perfume derramado
Ungiendo con su marcha las colinas del mundo.

Al cruzar una madre grávida, la miramos
Con los labios convulsos y los ojos de ruego,
Cuando en las multitudes con nuestro amor pasamos.
¡Y un niño de ojos dulces nos dejó como ciegos!

En las noches, insomne de dicha y de visiones,
La lujuria de fuego no descendió a mi lecho.
Para el que nacería vestido de canciones
Yo extendía mi brazo, yo ahuecaba mi pecho...

El sol no parecíame, para bañarlo, intenso;
Mirandome, yo odié, por toscas, mis rodillas;
Mi corazón, confuso, temblaba al don inmenso;
¡Y un llanto de humildad regaba mis mejillas!

Y no temí a la muerte, disgregadora impura;
Los ojos de él libraron los tuyos de la nada,
Y a la mañana espléndida o a la luz insegura
Yo hubiera caminado bajo de esa mirada...

2

Ahora tengo treinta años, y mis sienes jaspea
La ceniza precoz de la muerte. En mis días,
Como la lluvia eterna de los Polos, gotea
La amargura con lágrimas lenta, salobre y fría.

Mientras arde la llama del pino, sosegada,
Mirando a mis entrañas pienso qué hubiera sido
Un hijo mío, infante con mi boca cansada,
Mi amargo corazón y mi voz de vencido.

Y con tu corazón, el fruto de veneno,
Y tus labios que hubieran otra vez renegado.
Cuarenta lunas él no durmiera en mi seno,
Que solo por ser tuyo ¡me hubiera abandonado!

Y en qué huertas en flor, junto a qué aguas corrientes
Lavara, en primavera, su sangre de mi pena,
Si fui triste en las landas y en las tierras clementes
Y en toda tarde mística hablaría en sus venas.

Y el horror de que un día con la boca quemante
De rencor, me dijera lo que dije a mi padre:

"¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
Y se henchieron de nectar los pechos de mi madre?"

Siento el amargo goce de que duermas abajo
En tu lecho de tierra, y un hijo no meciera
Mi mano, por dormir yo también sin trabajos
Y sin remordimientos, bajo una zarza fiera.

Porque yo no cerrara los párpados, y loca
Escuchase a través de la muerte, y me hincara,
Deshechas las rodillas, retorcida la boca,
Si lo viera pasar con mi fiebre en la cara.

Y la tregua de Dios a mí no descendiera:
En la carne inocente me hirieran los malvados,
Y por la eternidad mis venas exprimieran
Sobre mis hijos de ojos y de frente extasiados.

¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo
Y bendito mi vientre en que mi raza muere!
La cara de mi madre ya no irá por el mundo
Ni su voz sobre el viento, trocada en miserere!

La selva hecha cenizas retoñará cien veces
Y caerá cien veces, bajó el hacha, madura.
Caeré para no alzarme en el mes de las mieses;
Conmigo entran los míos a la noche que dura.

Y como si pagara la deuda de una raza,
Taladran los dolores mi pecho cual colmena.
Vivo una vida entera en cada hora que pasa;
Como el río hacia el mar, van amargas mis venas.

Mis pobres muertos miran el sol y los ponientes,
Con un ansia tremenda, porque ya en mí se ciegan.
Se me cañsan los labios de las preces fervientes
Que antes que yo enmudezca por mi canción entregan.

No sembré por mi troje, no enseñé para hacerme
Un brazo con amor para la hora postrera,
Cuando mi cuello roto no pueda sostenerme
Y mi mano tantea la sábana ligera.

Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
Con los trigos divinos, y solo de Ti espero,
¡Padre Nuestro que estas en los cielos! ¡Recoge
Mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!

IV

EL SURTIDOR

Soy cual el surtidor abandonado
Que muerto sigue oyendo su rumor.
En sus labios de piedra se ha quedado
Tal como en mis entrañas el fragor.

Y creo que el destino no ha venido
Su tremenda palabra a desgajar;
Que nada está segado ni perdido,
Que si extendiendo mis brazos te he de hallar.

Soy como el surtidor enmudecido.
Ya otro en el parque erige su canción;
Pero como de sed ha enloquecido,
¡Sueña que el canto está en su corazón!

Sueña que erige hacia el azul gorjeantes
Rizos de espuma. ¡Y se apagó su voz!
Sueña que el agua colma de diamantes
Vivos su pecho. ¡Y lo ha vaciado Dios!

V

EL AGUA

Hay países que yo recuerdo
Como recuerdo mis infancias.
Son países de mar o río,
de pastales, de vegas y aguas.
Aldea mía sobre el Ródano
Rendida en río y en cigarras;
Antilla en palmas verdi-negras
Que a medio mar está y me llama,
Roca ligure de Portofino,
Mar italiana, mar italiana!

Me han traído a país sin río,
Tierras-Agar, tierras sin agua;
Saras blancas y Saras rojas,
Donde pecaron otras razas,
De pecado viejo de atridas
Que cuentan gredas tajeadas;

que no nacieron como un niño
 Con unas carnazones grasas;
 Cuando las oigo, sin un silbo,
 Cuando las cruzo, sin mirada.

Quiero volver a tierras niñas.
 Lléveme a un blando país de aguas.
 En grandes pastos envejezca
 Y haga al río fábula y fábula.
 Tenga una fuente por mi madre
 Y en la siesta salga a buscarla,
 Y en jarras baje de una peña
 Un agua aguda, dulce y áspera.
 Me venza y pare los alientos
 El agua acérrima y helada.
 Rompa mi vaso y al beberla
 Me vuelva niñas las entrañas.

VI

LA ESPERA INUTIL

Yo me olvidé que se hizo
 Ceniza tu pie ligero,
 Y, como en los buenos tiempos,
 Salí a encontrarte al sendero.

Pasé valle, llano y río
 Y el cantar se me hizo triste.
 La tarde volcó su vaso
 De luz ¡y tu no viniste!

El sol fué desmenuzando
 Su ardida y muerta amapola;
 Flecos de niebla temblaron
 Sobre el campo. ¡Estaba sola!

Al viento otoñal, de un árbol
 Crujieron los secos brazos.
 Tuve miedo y te llamé:
 "¡Amado, apresura el paso!

Tengo miedo y tengo amor,
 ¡Amado el paso apresura!"
 Iba espesando la noche
 Y creciendo mi locura.

Me olvidé de que te hicieron
Sordo para mi clamor;
Me olvidé de tu silencio
Y de tu cárdeno albor;

De tu inerte mano torpe
Ya para buscar mi mano;
!De tus ojos dilatados
Del inquirir soberano!

La noche ensanchó su charco
de betún; el agorero
Buho con la horrible seda
De su ala rasgó el sendero.

No te volveré a llamar,
Que ya no haces tu jornada;
Mi desnuda planta sigue,
La tuya está sosegada.

Vano es que acuda a la cita
Por los caminos desiertos.
!No ha de cuajar tu fantasma
Entre mis brazos abiertos!

Versos del refugio

NUNCA SERÉ
APÁTRIDA

Yo tenía una patria
de cielo azul
y altas montañas,
de rumorosos ríos
que al mar rinden sus aguas
en playas de quietud
o en costas bravas.

Yo tenía una patria,
llena de luz y sol,
en que brillaban
refulgentes destellos
de inteligencias sabias.

Eran mi patria
los caseríos vascos,
la tierra catalana
y las minas de Asturias,
Sevilla y su Giralda,
la huerta de Valencia,
Montserratje, sagrada
montaña de Parsifal;
y las piedras doradas
de Santiago y de Burgos,
de Leon y Salamanca;
y el oriental misterio
de la mágica Alhambra,
el quijotesco atuendo
de castellanos con sus capas pardas,
la colosal grandeza de Toledo
ahora nidial de crueles alimañas
que viven entre escombros.

¿Sabéis cual fué mi patria?
 La del Ebro, Brunete,
 Teruel, Guadalajara,
 la de Madrid inmortal,
 la de tanta ciudad martirizada,
 como lo fué Guernica.

Yo tenía una patria
 en que, aun opuestos,
 los hombres se hermanaban
 en la paz y el amor.
 Patria adorada
 que un 14 de abril
 de Primavera clara
 el régimen cambió
 y libertad se daba
 entre cantos y risas.

¿Cual con mi patria
 se atreve a competir
 si mi patria es España?

Hoy es solo un inmenso cementerio
 en que negros destacan
 tricornios y fusiles
 de los feroces guardias,
 las rojas boinas,
 manteos y sotanas,
 decadentes italos,
 falangistas y moros y beatas.

Sin patria me queríais dejar
 cuando ahora las fronteras son mas anchas.
 Mares libres, y bosques,
 cadenas de montañas,
 islas por descubrir
 tierras inexploradas,
 la América infinita
 libre y de su destino soberana
 se ofrecen ante mi
 ¡Ya veis, malvados, si me sobra patria!

Pero preso, abatido,
 aunque todo en el mundo me faltara,
 postrado en una celda prisionero,
 aun me queda una patria: la Esperanza,
 que es verde como el mar,

riente como el sol de la mañana,
que acaricia al caído,
que al vencido levanta,
que da vida a los sueños
y el corazón inflama.

No lograrán su empeño.
Para hacerme un apátrida
tendrán que quitarme mi apellido,
borrar la villa vasca
donde nací
y con una tenaza
arrancarme la lengua,
la lengua castellana
que sin temor y a gritos
traidores los proclama.
Aunque a balazos
en la tierra me hundais,
aun mis cenizas
en el aire aventadas,
aunque hasta el fondo
del mar mi cuerpo vaya
será inútil porfía:
nunca seré yo apátrida
que tierra, mar y aire, siempre,
siempre serán, para mí, España.

Antonio DE LEZAMA

NOTAS DE LECTURA

JUVENTUD, por LEONIDAS ANDREIEV.- En muchas ocasiones el amor propio que consideramos ofendido empuja fatalmente nuestros miembros a realizar actos que, mas tarde, en frio, nuestra conciencia, no contaminada por el calor de la pasión del primer momento, repulsa con toda energía. Experimentamos entonces junto a la pequeña satisfacción de la falsa dignidad a salvo, una sensación de inquietud depresiva. Queda anulado por completo cualquier placer que hubiera podido producirnos nuestra conducta. Interiormente libramos un forcejeo duro y penoso. Un mar de confusiones, y de sentimientos encontrados, amargan con su influjo nuestra vida. Sufrimos todo el peso de una conciencia alborotada, que no se deja convencer por los argumentos, mas sutiles que razonables, con que con una mayor o menor habilidad, argüimos en defensa del desvío en que caímos. Pero nunca conseguiremos apaciguarla. Entablada decididamente la lucha, la verdad que defiende la conciencia vence en toda la linea. Aun derrotados, es entonces cuando nos sentimos mas felices; ha triunfado el bien, y con él nosotros mismos.

Este es el tema desarrollado por Andreiev en JUVENTUD con amplio despliegue de sus maravillosas dotes de conocedor de la vida y de las mas recónditas profundidades del alma humana.

Escenario de la trama del cuento es el Liceo; sus personajes, colegiales. A él y a ellos se asoma el gran escritor, y tan excelente cuentista como Chejov, para sorprender uno de tantos incidentes escolares, consecuencia de una travesura de las muchas que la juventud comete.

Un dia, el horario desaparece de la cartelera. En substitución suya, varias caricaturas del director e inspector del Liceo, en actitudes no demasiado respetuosas, ocupan su puesto en la misma. En la esfera autoritaria se arma gran revuelo. Discursos secos, amenazas coactivas, por parte de uno y otro. Ante las palabras del director, tras agitado debate entre los colegiales, surge la delación infamante y mas o menos inconscientemente encubierta bajo principios humanitarios.

El choque brota entre Chariguin, portavoz de la denuncia colectiva, y Vramov, uno de los señalados como presunto sospechoso autor de la fechoría. "Un canalla" lanzado por éste sobre aquél es causa de que el primero, herido en su estimación personal, abofetee deliberadamente a su camarada.

Y aquí quedan abiertas las puertas por las que Andreiev nos introduce en el mundo real y fantástico de la vida interior, de la vida de los problemas de conciencia. Con Chariguin, nos hace sentirnos sucesivamente: satisfechos, en absorta contemplación admirativa del "yo" y de la primavera triunfante; sorprendidos, ante el juicio lógico y aplastante de Alejandra Nicolaievna, su amor, bella e inflexible conciencia pura; avergonzados, bajo la misma condenación surgida de labios del padre de Chariguin, y tácitamente de la actitud común de todos sus compañeros de curso; y destrozados y arrepentidos, soportando toda la amargura de haber llegado a la convicción absoluta de nuestro error inicial.

¿Quien no ha vivido en sus años de

colegial, sensaciones análogas y tan fielmente reproducidas por Andreiev? Siguiendo un camino recto y normal, rico en matices, al que presta belleza la diáfana proyección emotiva y sentimental de un Chariguín angustiado, y so metido a tormento por una conciencia entera y combativa, el autor de JUDAS ISCARIOTE, conduce a puerto feliz la nobleza de espíritu del colegial. Rectifica publicamente, y se sacude del pecho, el lodo que le oprime y ensucia, haciéndose responsable de una nueva repetición de la travesura. Cumple el castigo injusto contento de ver sus actos, por fin, identificados consigo mis

mismo, y de contar nuevamente con el aprecio y apoyo moral de Vramov, Martov "el filósofo", y todos sus camaradas.

El coloso Andreiev, desde la cima elevada de toda su obra, cristaliza en "JUVENTUD" las palabras del gran romántico Stendahl: "La originalidad y el interés está en el detalle".

Así, de este hecho insignificante escribe este cuento delicioso, de amable lectura.

Julio ROMEO.

